

Al servicio del movimiento revolucionario, pone su persona y su caudal; es decir, los medios de vida suyos y de su familia. Si muere, ésta quedará en la orfandad y en la miseria.

A principios de 1911 organiza una columna en la región Coahuilense, se pone al frente de ella, y, venciendo dificultades, salvando peligros y burlando escollos, libra acciones contra el enemigo, y sus acciones se traducen en otros tantos triunfos para él. Pronto su nombre se dilata por la comarca, pues sus aptitudes para la guerra no tardan en manifestarse.

Los verdaderos caudillos, como Cromwell y Napoleón I, se forman en la guerra, pero a condición de que posean aptitudes geniales. En el arte de la guerra se requiere el dominio de los hombres, puesto que con ellos se triunfa. Y con el dominio de los hombres se nace: el que no lo tiene, no llegará a ser nunca un gran capitán. El general González domina a los hombres por su alto poder sugestivo. A los pocos días de organizar su columna la instruye, la alecciona en el manejo del arma, le da explicaciones de cómo y para qué necesita el soldado conocer el terreno en que combate. El resultado de su labor como soldado no pudo ser más satisfactorio.

Concluída la obra revolucionaria de 1910 en lo que se refiere a la lucha armada, licencia a sus tropas y regresa a su hogar. Pobre, de nuevo se consagra al comercio. Los puestos públicos, las granjerías no son para él; las recompensas pecuniarias por sus servicios, emponzoñarían su alma.

Al despedirse de don Francisco I. Madero le ofreció estaría siempre en guardia para defender la libertad conquistada.